



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11435

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 16 DE DICIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de acii cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CANDIDO

Consultorio Médico.—Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas, Sueros, y Jugos orgánicos.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se expenden en cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Depósito de los renombrados vinos con jugos hepático y orquídeo

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

EL TRANSVALI

(HORIZONTES)

Cuando feraces territorios habitados por salvajes tribus, que sin desarrollar la riqueza de su suelo, viven en las tinieblas, devorándose en sangrientas é intestinas lides, ora, perturbando otras comarcas contra el derecho de gentes ó faltando á los deberes internacionales, deber es de las naciones cultas imponerles la civilización y el orden, ya de grado ó por fuerza; porque entonces la ley de la necesidad es el derecho. Pero cuando no sucede nada de eso, y cuando las guerras de conquista, emanan, de esa tendencia misteriosa del mundo á la unidad, con prelestos de castigo ó represión de agravios no acaso bien justificados, la guerra de conquista, sin razon de ser, es la ley de la fuerza, y no hay pluma que pueda describirla con todos sus horrores y sus consecuencias; porque es la más cruel, mas inhumana y más terrible de todas las guerras. El país entero se levanta á acosar á invasor, como las jaurias acosan al jabali. —Todos combaten hasta el último aliento, con la mano aferrada al fusil y todos, se revuelven como

fierras contra el enemigo. Los viejos esperan, los niños acriban y las mujeres luchan como Agustina. Las ancianas curan á los heridos y todo se conjura contra el que ve sembrado por doquiera el odio y la venganza, y si gana las batallas y asalta los pueblos, solo encuentra escombros y campos arrasados... ¡Cenizas humeantes!... ¡Charcos de sangre!... ¡Restos humanos... y despojos de hombres y caballos devorados por las fieras y las aves de rapiña! ¡Qué espantoso espectáculo á los ojos del caudillo, que sin ver brillar el sol de la victoria, con la bandera en la mano, lejos de su patria, envuelto entre las sombras de la noche, en medio del silencio más profundo, solo escucha los ayes del herido y los gemidos del moribundo, que se despiden de sus compañeros para no volverlos á ver!... ¡Sin un rayo de luz que le ilumine, sediento de venganza, fusila, incendia, acosa, pero no triunfa!... ¡Ocupa, pero no domina!... ¡Mata, pero no vence!... ¡Sin recursos y sin base, alterrado ante su misma sombra, sitiado ó desorientado á cada paso, sin guías y sin etapas, siempre a la ventura, ni duerme, ni sosiega, ni nada resuelve! ¡Cada piedra es un reducto y cada barranco es una plaza fuerte!... ¡Sin comunicaciones

y sin espionaje, agobiado su ejército por la sed, el hambre y la fatiga, á cada instante envuelto, copado ó sorprendido, ruga como león acorralado que no encuentra salida! ¡Las patrullas que destaca ya no vuelven! ¡Los convoyes se pierden... los recursos no llegan... y los heridos... mueren sin socorro!... ¡Las tropas ya esteuadas, rompiendo al fin los lazos de la disciplina, se baten á la desbandada, y los generales discordes é indecisos, vacilantes y desesperados, se estrellan contra el ideal de los gobiernos, que, en la atigidez del delirio, les gritan como Bonaparte desde el parlamento: ¡A Bertin!... Si dimiten ó si los relevan en tan altos puestos, la unidad de acción se rompe. Los prestigios se pierden y de nada les sirven sus talentos militares, que son mofa de la prensa profana y de las masas ignorantes ¡Desgraciados! ¡Todos no son Hernán Cortés en México, ni Scipión en España! Hé aquí el cuadro que contemplará quizá la más fuerte potencia del globo, en aquel rincón del mundo, al despertar los albores del siglo XXI.

¡La suerte de las naciones comienza a veces con los siglos y acaba con ellos!

¡Nunca España fué más infeliz! nada que al principio y al fin del siglo XIX!

¡Qué siglo tan mal aprovechado! ¡Cuanta fatalidad, cuánta sangre y cuántos desastres!

Y no asbaquemos la desastrosa suerte de las armas inglesas á la más ó menos deficiente organización de sus ejércitos, que al fin son ejércitos serios y respetables, porque a cualesquiera otro le habría pasado lo mismo, con mas ó menos éxitos en parciales combates, que nunca ellos deciden el de esas campañas.

La pólvora sin humo y sin ruido en la pavorosa zona de la muerte, la bala explosiva, el alcance de las

armas, y el opaco delonar del fusil repetidor, hacen mas difícil por momentos el arte de vencer en grande escala, que ya más que en la táctica consiste en la estrategia y en la diplomacia. Las balas dicen donde van, pero no dicen de donde vienen. ¡Ya no se ven los fogonazos, ni se escucha la explosión de los disparos!... Son aquellas, duendes, que aparecen donde menos se esperan, y el plan más concertado, viene á veces por tierra al menor descabro. Aquellas densas nubes de humo, aquellas bambalinas del escenario enemigo que á muy largas distancias llamaban al cañón, huyeron para no volver. El equilibrio entre la defensiva y la ofensiva, está perdido en favor de la última, y ¡ay del atacante, si ahogado én su sangre alcanza la victoria! El ataque y la defensa están ya en razón de uno á veinte, y así bien Ladysmith lo ha confirmado. Inglaterra educa sus ejércitos para defender sus territorios —con su pesado equipo, y sus complicadas ambulancias—por que por ahora, tiene asegurada la ofensiva en sus volcánicos bajeles, y como tropas de posición, no hay que quitarles el puesto.—*La guardia muere pero no se rinde*, es el lema de los regimientos de la Gran Bretaña; y mientras el soldado no le falte la carne y la cerveza, morirá heroicamente sin ceder un paso. Pero si aparte de todo esto, bien se reflexiona, que un batallón de mil plazas consume en una hora de fuego más de cien mil francos, y que el coste de las municiones de cañón, ó sea de boca y guerra es fabuloso que cada soldado inglés tiene de paga doce francos diarios, y que es preciso un río de oro, y otro de sangre, para reemplazar hombres y ganado, con tantos abastecimientos é inmenso material, que ha de transportarse á tan largas distancias, con tantas hecatombes, y tantos peligros, en el manejo de explosivos, y monstruosos

elementos que ha de exigir tan gigantesca lucha, porque á tanto llega; bien habrá de inferirse lo mucho que ha de sentir aquella Albión altiva, que ante la punible inacción de nuestros aliados, pudo destruir nuestras ya escualidas naves, á la siniestra sombra, de ese cabo fatídico, que se llama... ¡Trafalgar!

Virgilio CABANELLAS.

TIJERETAZOS

El oficial de Marina que ha expuesto su proyecto de reforma de la idem en las columnas de «El Imparcial» dice que deben quedar funcionando los arsenales de Cádiz y Ferrol.

Ese oficial debe ser andaluz y hace perfectamente en defender la patria ohlea; pero los patriotas de la patria grande harán muy bien anulando su voto por perjudicial á la misma.

Al diablo solo se le ocurre pedir que permanezcan en active dos arsenales en el atlántico y cerrar el único que existe en lo que puede ser cuando se arme una gresca, lugar de combate.

A menos que el articulista tenga la receta que nos haga dueños del paso del Estrecho, lo que propone respecto á arsenales es una locura.

Y si la tuviera también lo sería por causas que él no ignora y nosotros tampoco.

El indicado oficial pide ocho guardacostas, doce monitores, cien torpederos y ocho avisos: ciento veintiocho buques en total y entre ellos ningún acorazado.

Perdónenos el autor del proyecto de Marina; pero esa lista de buques, nos trae á la memoria el desastre de Santiago de Cuba.

Y como seguramente nadie aspira á su repetición, insistimos en lo que ayer dijimos que hará con él el país.

Darse por enterado.

«El Correo Militar» establece un paralelo entre el transporte de tropas españolas á Cuba y el de ingleses al Africa del Sur.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1090

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 1091

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1094

en que se me ha aposentado, y son de todo punto habitaciones de señora.

—¡Ah! dijo el rey; pero para que habrán elfombrado esta escalera?

—Podrá ser muy bien para que la alfombra apague el ruido de las pisadas.

—¡Ah! puede ser, puede ser.

—Hemos acabado de subir, señor.

—Y ya tenemos algo de luz.

—¿Y estais sola?

—Completamente sola, se or: tenemos que hablar de asuntos muy graves: á mas de eso, que vuestra majestad viene de escapada.

—Solo por vos, solo por vos, señora; pero ¡ah, Dios mío! ¡esperad que yo os vea!

Iluminaba ya de lleno á doña Esperanza la luz de una bujía que estaba puesta en el hueco de una ventana, al volver un angulo del pasillo,

—¡Encantadora! ¡admirable! ¡terrible!

—Vamos, soltad mi mano, señor, dijo sonriendo doña Esperanza y: no la necesitais, hay luz: seguidme.

—No sé si alegrarme ó entristecerme por haberos vuelto á ver.

—Cuidado, señor, que estais ofendiendo á vuestro tío el duque de Maine.

—Mi tío bastardo, dijo con un ligero acento de deaden Felipe V.

—Pero siempre vuestro tío, dijo doña Esperanza, abriendo una mampara de cuero de Marruecos y pasando á un retrete, en el cual no se detuvo.

—¿Y por que he de ofender á mi tío? dijo el rey siguiendo á doña Esperanza, que entró en una cámara.

—Porque soy se prometida, señor, contestó con un ligero acento de reprensión doña Esperanza.

—¡Ah! dijo Felipe V; habeis hecho muy mal en haberos prometido al duque de Maine: tiene muy mala condnota; juega por adelantado sus rentas, y aunque ahora dejara de jugar, necesitaría vivir hasta los sesenta años para que pudiesen gozar renta sus herederos.

—¡Oh! es un gran señor.

—Sí, arruinado.

—Vuestro abuelo es para con él muy generoso.

—Pero morirá mi abuelo, será regente el duque de Orleans, que no puede ver á su hermano el duque de Maine, y os vais reducidos á la miseria, vuestro esposo y vos, y vuestros hijos.

—Viviremos de las rentas de mi infantazgo.

—¡Ah, sí! es verdad, dijo el rey; pues por eso se casa con vos el duque de Maine.

IV

—He venido á España, dijo doña Esperanza, después de nueve años de destierro, para cosas muy importantes.

—Ya os he escrito muchas veces, dijo Felipe V, que la reina y yo nos habíamos visto obligados á separaros de nuestra corte.

—Sí; y yo me quejo de esto, dijo doña Esperanza.

—Y creo que habeis ganado; que habeis vivido en París mucho mejor que podiais haber vivido en Madrid.

—Sí; me he divertido grandemente corrigiendo los resabios de que adolecian las Ursulinas.

—Habeis sido, pues, una reina.

—De vasallas rebeldes.

—Pero os habeis independizado completamente del fastidio del convento con las fiestas de la corte.

—Mi celda y el coro han sido mi Versalles.

—¡Ah! ¡tenemos en vos una especie de septa!

—No tal, primo mío, santa no; pero tampoco una gran pecadora: me falta mucho para parecerme á otras mujeres.